

club de lectura | irakurle kluba

UN NUEVO CLIMA

OSTIRALA MAIATZAK 8 MAYO VIERNES

18:00



**BIBLIOTECA DE NAVARRA | NAFARROAKO LIBURUTEGIA
(ANTONIO PÉREZ GOYENA, 3)**

textos e inscripción | testuak eta izena ematea



CONTRAELDILUVIO.ORG/UNNUEVOCLIMA



Índice

Introducción.....	4
Sobre la DANA de Valencia.....	7
Tareas preliminares – Sobre la organización política.....	11
The Abundance Movement’s Blind Spot.....	29
How climate activists finally seized the issue of adaptation in 2023.....	35
Enlaces adicionales:.....	39

Introducción

Esta pequeña recopilación de textos tiene tanto de documento interno como de presentación de lo que consideramos puede ser un enfoque útil y fructífero para parte del ecologismo, movimiento climático activismo ecosocial o como queramos llamarlo y llamarnos.

Aunque no queremos extendernos, quizá sea necesaria una breve introducción, sobre todo para quien haya llegado a través de un enlace o un código QR. Este club de lectura, que en principio tiene una duración de una sesión y se estructura a través de los artículos aquí recogidos y no de libros como es habitual, está organizado por Contra el diluvio. Somos un colectivo climático nacido en 2017 que ha pasado por varias fases y ha ganado y perdido miembros a lo largo de este tiempo, en parte movido por los ritmos de la movilización climática y social, en parte por los avatares vitales de sus componentes. Estos avatares han llevado a que, actualmente, repartamos nuestra actividad entre Madrid y Euskal Herria. Quien quiera saber más tiene –precaria pero variada– página web a su disposición para echar el rato leyendo.

El título del club de lectura, *Un nuevo clima*, obedece tanto a la constatación, manida y cierta a la vez, de que el mundo climáticamente estable que conocíamos ya no existe, pero también de que el entorno político en el que nacimos y en el que despegó el movimiento climático ya no existe. En algunas cosas hemos ido a mejor, en otras decididamente a peor, pero es evidente que el momento es otro.

También ha cambiado, claro, nuestra forma de enfocar el Asunto Climático. Como alguno de los textos propuestos indica, durante mucho tiempo hablar de adaptación climática se consideraba casi una traición, un reconocimiento de que no podíamos evitar el cambio climático y una tentación derrotista que nos distraía de la mitigación, de evitar la emisión de gases de efecto invernadero. Hemos estado ahí, hemos compartido esas opiniones. También hemos visto cómo pasaba una y otra fecha límite sin que, pese a los evidentes avances y esfuerzos en reducción de emisiones vía, principalmente, electrificación del suministro energético, se cumplieran los sucesivos objetivos de reducción. Creemos que muy probablemente se llegue a una situación peor de lo que querríamos y mejor de lo que podemos temer. Pero no será un mundo climáticamente tan cómodo como el que hemos conocido, al menos algunos.

Hay, sin embargo, algo que no ha cambiado: la incapacidad del movimiento climático de interpelar y movilizar de forma decisiva a gran parte de la población. El comienzo de movilización de 2018 y 2019 fue totalmente aplastado por la pandemia, y pese al aumento de la preocupación por los veranos tórridos y las noches en blanco, nuestra capacidad de incidencia no ha ido en aumento, con la excepción de iniciativas concretas. Creemos que parte de esto se debe a la desconexión entre la magnitud del problema y la percepción de fuerzas propias, tanto individuales como colectivas. No es una cuestión nueva ni que vayamos a

resolver ahora. Pero sí que creemos que poner el foco en el trabajo de adaptación y el apoyo mutuo (no entendido solamente como ofrecer nuestro salón fresquito al vecino sin aire acondicionado, pero también así) puede servir de trampolín o de punto de partida para dar un nuevo aire al movimiento climático. O, como mínimo, para pasar un rato (dos horas, quince o treinta años) pensando y trabajando juntos en cómo queremos sobrevivir a y disfrutar del nuevo clima.

En este dossier presentamos dos textos en castellano y dos en inglés, además de algunos enlaces que pueden resultar interesantes. El primer texto es un pequeño artículo de coyuntura que escribimos a raíz de la dana de Valencia en 2024. El segundo, el más extenso e interesante, es un ensayo de Alyssa Battistoni sobre su experiencia en la organización política de base. No habla estrictamente de cambio climático, pero nos parece que su interés es general para cualquiera que quiera realizar trabajo de organización política. Estos dos textos nos parecen lo básico para discutir en el club. Los dos textos en inglés son muy interesantes y hablan directamente de adaptación, el primero centrado en sus ventajas y el segundo en su necesidad. No son estrictamente necesarios, pero son sencillos y se pueden traducir online sin problemas, y creemos que pueden enriquecer el debate.

Sobre la DANA de Valencia

Por Contra el diluvio.

[Publicado en contraeldiluvio.org](http://contraeldiluvio.org) en noviembre de 2024.

“Après moi le déluge! [¡Después de mí, el diluvio!] es el lema de todo capitalista y de toda nación capitalista. Por eso el capital no tiene en consideración la salud ni la duración de la vida del obrero, a menos que le obligue a ello la sociedad”.

Karl Marx

En los mal llamados ‘desastres naturales’ suele recorrer una pulsión antipolítica que o bien tiende a señalar a todos los dirigentes sin distinciones ni matices o bien acusa a los que exigen responsabilidades y acciones concretas de “politizar” los asuntos, como si la vida pudiese transcurrir al margen de las decisiones que tomamos sobre cómo la habitamos en común. Otra versión, común en estas horas de dolor y desconcierto, consiste en separar la crisis climática de la incompetencia institucional. Son indivisibles. La gravedad del caos climático al que nos abocamos, con la Península Ibérica como el territorio más afectado del continente europeo según todas las previsiones, se sustenta, precisamente, en la cadena de inercias, intereses, agendas y deseos que impide su abordaje efectivo desde la política o, al menos, que evite las decenas de fallecimientos en un territorio, el País Valenciano, tristemente acostumbrado a riadas y fenómenos convectivos por su orografía y su cercanía a un mar recalentado.

Por lo tanto, mal que pese a algunos, hemos venido a hablar de política. Una política climática a la altura, como es obvio, detendría la emisión descontrolada de gases de efecto invernadero que, en base a toda la evidencia -y sin la necesidad, a estas alturas, de esperar a los estudios de atribución- agrava eventos como el de estos días. Pero la necesidad de que la acción climática ponga la vida por encima del capital exige también unas labores de adaptación que van mucho más allá de la criminal ineptitud del Govern. Es común, por poner un ejemplo, que los planes de gestión del riesgo de inundación que las confederaciones hidrográficas están obligadas a elaborar, suscribir y ejecutar se queden a medias, sin el más mínimo intento de revertir la construcción suicida de infraestructuras en cauces y terrenos susceptibles de riadas. Acordarse de la habitual dejadez en ese ámbito no puede ser calificado de oportunista sino de absolutamente esencial.

Por otro lado, la legislación en materia de riesgos laborales ha avanzado en los últimos años. A la norma que permite al trabajador abandonar su puesto en caso de riesgo inminente para su vida se suma la norma que prohíbe las labores al aire libre durante las olas de calor: lo sucedido en las últimas horas hace evidente su insuficiencia. Como en cualquier relación desigual de poder -y las laborales son su máximo exponente- que el ordenamiento jurídico

ampare una decisión no la hace fácil de ejecutar, por los miedos, las presiones y los mandatos tanto evidentes como subyacentes. Y el capital no va a dejar de colocarse por encima de la vida a no ser que se le obligue, como dejó escrito Marx: no porque se le pida por favor.

La experiencia de la pandemia demostró que es perfectamente posible que el Estado obligue a las empresas a parar ante un riesgo inminente y manifiesto; y este lo era, en base a las alertas del sistema nacional de meteorología emitidas desde la mañana del martes. La decisión de no ir a trabajar -salvo puestos esenciales para el común, como es obvio- no puede sustentarse en la voluntad individual, como no se sustentó en marzo de 2020. Eso no implica, en cualquier caso, abandonar la responsabilidad, porque buena parte de las no ausencias de la clase trabajadora responden a la indefensión aprendida y a la infravaloración del riesgo, y es trabajo de los principales actores de la acción climática mover el sentido común hacia posiciones más cercanas a la autopreservación. No nos podemos dejar la vida por nuestro jefe, por la empresa, por la maquinaria perversa de la plusvalía; y para ello hay que apretar lo máximo posible a las compañías, exigir que rindan cuentas y, a la vez, deconstruir los aprendizajes que todos hemos interiorizado, en los que la producción es lo primero.

Por supuesto, el contrapeso a la acción empresarial ni puede ni debe recaer únicamente en el Estado o en una difusa voluntad, sino en un tejido sindical organizado, preparado y bien dispuesto para dar respuesta a situaciones así. La agenda climática en los sindicatos ha corrido suerte dispar: desde ridículas recomendaciones de reciclaje en los puestos de trabajo a trabajos bien avenidos sobre la transición ecosocial en las industrias más emisoras. Pero se mantiene un vacío. Las organizaciones deben prestar atención a la adaptación. Y esto pasa por hacer 'piquetes climáticos' para informar de los derechos al respecto a los trabajadores, pasa porque cada comité o sección presione a la dirección por el respeto más básico a la integridad física y pasa, en cualquier caso, por el establecimiento de nuevas alianzas; entre sindicatos y entre los sindicatos y otro tipo de militancias. Hace unos años era importante abandonar la creencia de que el cambio climático debía ocupar un papel subalterno en la agenda de la clase obrera. Ahora es ridículo mantenerla.

No podemos, de ninguna manera, ignorar el eje de clase: la mayor parte de los afectados por este episodio meteorológico son trabajadores obligados, bien por la maquinaria o bien por el patrón, a ignorar los avisos. Que acudían a la periferia de València, en los polígonos industriales, a sacar adelante la tarea, o que volvían por los ramales de las autovías a casa después de una jornada probablemente innecesaria. Pero, como fenómeno multicausal, complejo y de infinitas aristas, el eje de clase no se basta por sí solo ni para explicar lo sucedido ni para proponer soluciones. Los desastres climáticos que ya sufrimos y que sufriremos afectarán más a los más vulnerables, pero la vulnerabilidad en una riada no se explica solo por la renta o por la posición en la cadena de mando.

Y, por supuesto, tampoco podemos desligar la incompetencia de las instituciones de la contraofensiva del negacionismo climático, que castiga las alertas tempranas, produce explicaciones absurdas pero confortables y fáciles de entender ante cualquier evento e intenta silenciar cualquier reacción progresista. La “batalla cultural” que dicen mantener se traduce, en jornadas como las de este martes, en muerte. Estamos agotadas en este momento del ciclo político, pero cometeríamos un error mayúsculo al pensar que, como nos gusta tanto creer, los hechos por sí solos pondrán la agenda climática en su sitio. Ya estamos en el escenario del primer capítulo de [‘El Ministerio del Futuro’](#), pero sin la iniciativa institucional ni la rabia organizada que le sucedieron. Y, sin saber muy bien cómo se sale de este dolor y esta pereza, lo único que tenemos claro es que no podemos permanecer aquí.

Todo el calor y un fuerte abrazo, de parte de los integrantes de Contra el Diluvio, para toda la gente afectada por las inundaciones.

Tareas preliminares – Sobre la organización política

Por Alyssa Battistoni.

Este texto fue publicado originalmente en el número 34 (primavera de 2019) de la revista *n+1* con el título «[Spadework](#)». Traducido por el colectivo [Espectre Verd para Contra el diluvio](#).

En 2007, cuando tenía veintiún años, escribí indignada una carta a *The New York Times* para responder a una columna de Thomas Friedman. Friedman había acusado a mi generación de ser indolente: «Demasiado pasiva, demasiado tiempo en internet, mira solo por sí misma». «A nuestra generación lo que le falta no es ni valentía ni fuerza de voluntad —remarqué yo—, sino el entrenamiento y la experiencia para llevar a cabo el trabajo de organización, sea online o presencial, que lleve al poder político».

Yo personalmente nunca había estado organizada. Poco antes había trabajado como becaria para una ONG de organización comunitaria de Washington, pocos meses antes de que Barack Obama se convirtiese en el más famoso de los (ex)organizadores políticos, pero lo que aprendí fue el lenguaje de la organización —cómo escribir cartas al editor sobre cuánta falta hacía esta—, no cómo hacerlo realmente. Me saqué el título universitario y, unos meses después, la economía mundial se hundió. En los años posteriores me pasaba de vez en cuando por alguna protesta. Acudí a Zuccotti Park y al intento de huelga general de Oakland, participé en manifestaciones contra el aumento de las tasas universitarias en Londres y contra los asesinatos policiales en Nueva York. Escribí artículos de lo más intempestivos. Pero hasta que no fui a hacer el posgrado a Yale, donde desde hacía casi tres décadas había estado en marcha una campaña por el reconocimiento del sindicato universitario, no aprendí a hacer lo que por aquel entonces llevaba ya años defendiendo.

Cuando empecé a militar con tanta intensidad que aquello parecía un trabajo a tiempo completo estábamos ya en la primavera de 2016, y tenía compañía de sobra. Por todo el país se estaban produciendo esfuerzos evidentes por organizar a los trabajadores de revistas, locales de comida rápida y residencias. Quienes habían participado en Occupy se involucraron en la campaña de Bernie Sanders y se unieron a Democratic Socialists of America, que estaba en pleno auge y a cuyos miembros se les entregaba una tarjeta hecha polvo en la que se afirmaba que eran «oficialmente organizadores socialistas». Los organizadores —no activistas, gracias— de hoy dejan claro que no son parte del *black bloc* que busca trifulca con la policía y que tampoco son hippies que anden planeando algún encuentro amoroso. Se inspiran en una tradición de revolucionarios profesionales, pues según la proclama de Lenin de que «a menos que las masas estén organizadas, el proletariado no es nada. Organizado, lo es todo». En otras palabras: a quien se dedica a la militancia organizativa no le da miedo tener el poder. Reconoce que para ejercerlo hay que persuadir a una cantidad ingente de personas para que se unan a la causa y para empezar a autoorganizarse. Organizarse significa hacerlo para ganar.

¿Pero cómo se gana? El materialismo histórico sostiene que las crisis del capitalismo desatan revueltas, quizás incluso revoluciones, como se vio en los estallidos de Occupy y Black Lives Matter; en los levantamientos en España, Grecia y Egipto; y en el movimiento británico de estudiantes contra las tasas universitarias. Pero no hay ninguna guía para lo que pasa en el larguísimo periodo que viene luego, cosa que a menudo la izquierda ha tenido que aprender por las malas.

En otros casos de subversión y promesas, la izquierda ha solido recurrir a Antonio Gramsci, quien quiso comprender por qué las revueltas de la clase trabajadora en Europa tras la revolución rusa habían conducido al fascismo. Gramsci llegó a la conclusión de que en cierto sentido la gente *consiente* su propia servidumbre, incluso la da por hecho, cuando el orden en el que vive llega a parecer de sentido común. La hegemonía es una cosa más sutil que una coerción manifiesta, es más profunda, permea los ritmos de la vida cotidiana.

Stuart Hall afirmó en 1983 que la hegemonía era la clave para entender la decepción que sentía su propia generación: por qué Thatcher y la nueva derecha habían triunfado a la hora de reconfigurar el sentido común tras una década de agitación laboral sindical. La hegemonía dio forma a cómo actuaba la gente cuando no pensaba en ello, lo que creía que estaba bien y mal, lo que imaginaba que era una vida buena. Un proyecto hegemónico tenía que «ocupar todos y cada uno de los frentes» de la vida, «insertarse en los poros de la consciencia práctica de los seres humanos». El thatcherismo había entendido esto mejor que la izquierda. Había «entrado a la pelea en cada uno de los frentes en los que calculaba que podría producirse un avance», había promovido una «teoría para cada uno de los escenarios de la vida humana», de la economía al lenguaje, de la moral a la cultura. Los terrenos que la izquierda dejaba de lado por burgueses eran simplemente aquellos en los que la clase dominante iba ganando. Con todo, Hall recordaba que crear hegemonía era una «tarea ardua». Nunca completamente asentada, «siempre estaba por ganar».

En otras palabras, no hay un *Deus ex machina* económico que vaya a traernos la revolución. Hay todavía gente, con sus particularidades recalcitrantes y contradictorias, que existen en un espacio y un momento concreto. De ti depende resolver cómo actuar de manera conjunta, o no; cómo encontrar un punto de encuentro, o no. Gramsci y Hall insisten en que tienes que mirar las cosas tal y como son de manera implacable, hacer frente a tus expectativas con una honestidad brutal y actuar del modo en que creas que puedes producir un efecto. En ese sentido ambos son teóricos de la figura del organizador.

* * *

Pero lo cierto es que una no se convierte en organizadora por leer teoría, o al menos ese no fue mi caso. Yo fui a la escuela de posgrado a estudiar teoría política, con la esperanza de descubrir qué hacer con los dilemas que me atribulaban. Pero hizo falta algo más para que esa teoría adquiriese significado en mi propia vida. Esta fue la experiencia en la escuela de posgrado, que no es necesariamente el entorno laboral habitual, o eso nos repetía una y otra vez la administración de Yale.

Yo me había sindicado como quien no quiere la cosa, al pasarme por la mesa de la Graduate Employees and Students Organization (GESO) en la feria de actividades extracurriculares, sin haber asistido todavía ni un solo día a clase. A nivel político, me pareció obvio: yo en general estaba de parte de los sindicatos, ¿así que por qué no iba a unirme? Además, mi compañero de piso ya había estado en Yale militando durante años: a través de él había oído hablar de luchas y victorias, de cómo habían ido llamando puerta a puerta durante todo el verano anterior para ayudar a que una lista de miembros del sindicato y gente afín lograra hacerse con el gobierno municipal. Pocos días después de inscribirme, fui a una comida a la que trajeron pizzas y que el sindicato había organizado en mi departamento para dar la bienvenida a la nueva hornada —yo fui una de las únicas tres personas que aparecieron de las diecisiete que éramos— y me pasé asintiendo todo el sermón que soltó el organizador sobre por qué el sindicato estaba tan bien. No necesitaba que me convencieran.

Aun así, cuando unas semanas más tarde otra militante me pidió que me uniera al grupo de comunicación del sindicato, me eché a llorar. Estaba ya completamente sobrepasada por cientos de páginas por leer sin que en ningún caso tuviera la esperanza de poder hacerlo, réplicas periodísticas aún por escribir y presentaciones que hacer sobre dichas lecturas, talleres obligatorios del departamento y charlas a las que acudir. Hacer una sola cosa más me parecía imposible. Esta persona habló conmigo para sacarme de ese ataque de pánico y yo acepté hacer una tarea menor —una entrevista a un miembro del sindicato para un boletín que queríamos revitalizar—. Acepté otra serie de proyectos: más entrevistas, grabar testimonios para una web nueva. Al final de nuestro primer año, mi amigo más cercano del grupo de graduado fue candidato al ayuntamiento dentro de la lista del sindicato y yo me pasé el verano de puerta en puerta para su campaña. Quedé con otros militantes para hacer «visitas», que consistían en ir dando vueltas por el campus buscando miembros para que firmaran la petición que estuviéramos promoviendo en ese momento y me uní al comité organizador de mi departamento. Hubo muchas más reuniones en las que acabé llorando.

Al final me di cuenta de que la escuela de posgrado no era lugar al que acudir para aprender sobre política. Me desconcertaban sus rituales, los cuales, de manera contraintuitiva, parecían estructurarse rehuyendo las conversaciones intelectuales, optando en cambio por el cotilleo y la jerigonza. En las fiestas y en los encuentros del departamento rara vez hablábamos sobre las cosas que habíamos leído o habíamos estado pensando; en su lugar, nos quejábamos de la cantidad de artículos que habíamos escrito esa semana, de la cantidad de fechas de entrega para peticiones de subvenciones o programas de verano y de lo poco que lográbamos dormir. Pasábamos de puntillas sobre conversaciones más peliagudas: el acceso a atención para la salud mental, el cuidado remunerado de niños, la crisis del mercado laboral y la reserva cada vez mayor de trabajadores adjuntos. Estaba desesperada por tener aquellas conversaciones y descubrí que el lugar donde tenerlas era la militancia. Como si fueran espacios grupales de sensibilización, las conversaciones militantes te permitían airear rencores que por educación y profesionalidad llevabas reprimiendo durante mucho tiempo, para crear un espacio político donde no se suponía que tenía que haberlo. La clave estaba en localizar esa experiencia fundamental de impotencia que estaba al acecho bajo tanta miseria generalizada. Con todo,

por mucho que nos quejáramos de cuantísimo trabajábamos, en las conversaciones militantes surgía todo el tiempo la pregunta de si éramos realmente trabajadoras y trabajadores.

¿Por qué era tan difícil vernos a nosotras mismas como personas que pudiesen necesitar un sindicato? Gramsci había señalado que cualquier sujeto individual estaba «extrañamente compuesto», hecho de una mezcla de creencias, pensamientos e ideas recogidas de la historia familiar, las normas culturales y la educación formal, todo ello filtrado a través de sus propias experiencias personales leídas a través de la ideología dominante de la época. Hall había recogido esta idea para afirmar que cuando la clase obrera no conseguía vincularse al pensamiento revolucionario, cuando las mujeres no abrazaban el feminismo o cuando la gente racializada no defendía el antirracismo, no era porque sufrieran de falsa conciencia. La idea de que la conciencia pudiera ser verdadera o falsa simplemente no tenía sentido: según Hall, esta siempre era «compleja, fragmentaria y contradictoria». Esto era tan cierto para la gente de izquierdas como para cualquier otra persona. Y Hall advertía en 1988 que «una pequeña parte de todos nosotros se halla también dentro del proyecto thatcherista. Por supuesto que todos estamos cien por cien comprometidos, pero de vez en cuando —los sábados por la mañana, quizá, justo antes de la manifestación— vamos a Sainsbury's y somos un poquito un sujeto thatcherista».

El proyecto de Thatcher había avanzado mucho desde entonces y habíamos interiorizado sus dictados. Nos habíamos pasado la vida aprendiendo a hacerlo muy bien en clase; en la escuela de posgrado, antes de salir «al mercado laboral», aprendimos a explotarnos a nosotras mismas durante los fines de semana y las vacaciones. Muchas aún creíamos en la meritocracia, a pesar de ver cada día cómo esta nos daba la espalda. Cuanto peores se volvían las condiciones de la vida académica, más duro trabajaba todo el mundo y más difícil se hacía enfrentarse a ellas. Además, teníamos tanta suerte de estar allí..., ¡en Yale! En comparación con tantos otros estudiantes universitarios, nosotras éramos unas afortunadas, y al otro lado seguramente hubiese un puesto de trabajo esperándonos, a nosotras, a cualquiera. ¿Quiénes éramos nosotras para quejarnos? Organizar un sindicato de estudiantes universitarios en Yale a mucha gente le parecía un acto de un privilegio intolerable: una panda de autodenominados radicales de una universidad de prestigio haciendo cosplay de clase obrera.

Luego estaba la ideología dominante. A muchas personas les parecían bien los sindicatos pero en abstracto, para otra gente, y sin embargo tenían reservas respecto a si para nosotras tenía sentido. En buena medida trabajábamos de manera independiente (¡se nos pagaba por leer!); teníamos control sobre nuestro propio trabajo, o al menos esperábamos tenerlo algún día. Casi todas habíamos crecido oyendo hablar de lo nocivos que eran los sindicatos de profesores para nuestra querida educación. Pocas personas veníamos de familias sindicadas; casi nadie había formado parte de un sindicato anteriormente, y quienes sí lo habían hecho a menudo hablaban de malas experiencias. Incluso entre quienes formalmente sentían simpatía era habitual escuchar la frase: «Si yo creo que los sindicatos están bien, pero...».

Con todo, el asunto más escabroso no era el de unirse a un sindicato, sino organizarlo. Le pedíamos a la gente que nos ayudara a construir el sindicato y a dirigirlo. Les pedíamos que

firmasen un hoja de inscripción, y luego que también le pidieran lo mismo a algún amigo; que se comprometiesen a reunirse de manera regular con un organizador; que se unieran al comité organizativo y trajesen a las reuniones y a las manifestaciones a personas a las que conociesen. Pedíamos mucho; hay quien creía que demasiado. Mucha gente era perfectamente feliz poniendo su nombre en una hoja de inscripción y en una recaudación de firmas de vez en cuando pero no quería ir a más reuniones ni hablar con compañeros sobre el sindicato: tenían cosas que hacer, muchas cosas. Decían que apoyaban al sindicato, pero querían que el sindicato les dejara en paz.

Este parecía ser un reto particular de la organización de los estudiantes de posgrado, que por un lado se encontraban evidentemente sobrepasados por el trabajo y nunca tenían horarios fijos, y por el otro no estaban en una situación de demasiado desamparo, al menos no en Yale. (De hecho, esto en parte era así porque la universidad había ido aumentando los salarios y las ayudas a lo largo de los años para así debilitar al sindicato; este era el precio del éxito). De todos modos, yo llegué a pensar que esto era un reto en general de cualquier organización. Cuando leí el libro *I've Got the Light of Freedom*, de Charles Payne, acerca de la organización por los derechos civiles en el sur durante la época de las leyes de Jim Crow, me impactó la lista que reunieron los miembros de la campaña del Student Nonviolent Coordinating Committee (SNCC) sobre la razones que daba la gente negra de Misisipi a principios de los años sesenta para no registrarse para votar, que eran las que en líneas generales podían haber dado los estudiantes universitarios: «No tiene interés», «No tiene tiempo para hablar sobre el voto», «Siente que los políticos hacen lo que les da la gana, sin importarles lo que se vote», «Demasiadas cosas que hacer, ocupado en asuntos personales», «Quiere tiempo para pensárselo», «Satisfecho con cómo están las cosas».

Obviamente nosotras no estábamos luchando contra las leyes de Jim Crow. Yale era en muchos aspectos un sitio miserable y feudal, pero estábamos ahí de manera temporal y por elección propia; muchos teníamos miedo de nuestros tutores, pero no temíamos por nuestra vida. Puede que pusiéramos las mismas excusas, pero no significaban lo mismo. Aun así, había ciertas dinámicas en ambas campañas que eran similares, pese a sus diferencias evidentes. A menudo la gente te decía por qué no iba a hacer tal cosa, a menudo con razones perfectamente buenas, y tú intentabas convencerles de que sí tendrían que hacerlas.

Todos estábamos muy ocupados, pero ese «estar muy ocupado» no era una cuestión de tiempo realmente, o al menos no solo. Estar muy ocupado significaba que la gente no veía por qué merecía la pena sacar tiempo para el sindicato. Tu trabajo como organizadora consistía en descubrir qué es lo que la gente quería que fuese diferente en su vida y luego convencerla de que la diferencia estaba en sí decidían hacer algo al respecto. Esto no es lo mismo que convencer a la gente de que el asunto en sí es importante: eso por lo general lo saben. La tarea consiste en convencer a las personas de que son *ellas* las que importan: saben que por lo general eso no es así.

* * *

En *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte* Marx escribió que «el principiante que ha aprendido un idioma nuevo lo traduce siempre a su idioma nativo, pero solo se asimila el espíritu del nuevo idioma y solo es capaz de expresarse libremente en él cuando se mueve dentro de él sin reminiscencias y olvida en él su lenguaje natal». La militancia organizativa exige que aprendas el idioma de la política tan bien que se convierta en el tuyo propio. Como cualquier otro idioma, requiere un montón de práctica, un periodo durante el cual a menudo te vas a sentir incómoda e insegura. Para esta etapa existen ejercicios como «juego, falta, piensa», con el que plantearse una serie de preguntas: ¿qué está en juego para ti?, ¿qué hace falta para ganar?, ¿qué piensas hacer al respecto? Tienes que empezar con lo que os importa a ti y a la persona a la que estás organizando antes de pasar a lo difícil que va a ser y a por qué tienen que sumarse pese a todo. Estos ejercicios son útiles, pero no pueden ser rígidos y artificiosos, porque en realidad todavía no estás hablando de política: aún estás traduciendo. Es por eso por lo que algunas personas que llevan poco tiempo organizando a gente a menudo parecen un poco robóticas y repiten lo que a todas luces han aprendido escuchando a alguien. Pero al final aprendes a dejar atrás este andamiaje y a hablar por ti misma.

No obstante, a menudo tienes que aprender a hablar de manera diferente, a hablar como una versión distinta de ti misma. Esto implica dejar a un lado buena parte de los hábitos que te resultan más familiares. Como muchas mujeres, durante un tiempo conseguía ir tirando a base de caerle bien a la gente; ya por entonces se me daba bien un cierto tipo de trabajo emocional. Pero cuando las peticiones se iban haciendo más grandes, me daba contra un muro: puede que la gente gastara treinta segundos en firmar una petición que no creían que fuese a ir a ningún lado solo porque yo les caía bien, pero no iban a cabrear a su jefe solo para quedar bien conmigo. Así que tuve que aprender otras cosas. «Un axioma de los organizadores —escribió Jane McAlevey— es que toda buena conversación sobre organización pone a todo el mundo al menos un poquito incómodo». La parte más rara es lo que McAlevey llama «el largo silencio incómodo», ese momento en el que le pides algo a alguien y dejas que se piense su respuesta. Durante mucho tiempo mi mayor debilidad fue mi tendencia a acobardarme y dejarle claro a la gente que ganar en los asuntos que decían que querían dependía de ellos. Demasiado a menudo intentaba pasar por encima de esa incomodidad en lugar de dejarla estar. Era muchísimo más sencillo hablar sobre lo brillante que era nuestro plan o cuánto apoyo habíamos recibido de nuestros aliados que insistirle a la gente a la que estaba intentando organizar que dependía de ellos el que lográramos tener o no un sindicato. El resultado de todo ello es que la gente me veía como la persona del sindicato que les daba información y les contaba cuál era el plan y les mantenía al día; no se veían a sí mismos al lado de gente del sindicato que fuese también responsable de ayudar a lograr las cosas que decían que querían lograr. McAlevey decía que esto era un atajo; nosotras decíamos que era evitarle a la gente el que tuvieran que organizarse. Suavizar la pregunta parece algo empático, pero, como cualquier otra medida de protección, resulta condescendiente y, como cualquier otro atajo, hace que a la larga las cosas acaben siendo más difíciles.

Darme cuenta de que no era suficiente con caerle bien a la gente fue como una revelación. Tuve que aprender a estar más cómoda con el enfrentamiento y con los desacuerdos, con

ponerle a la gente una elección delante y dejarles que la hicieran en lugar de diluir la tensión mediante sonrisas para encargarme yo misma del trabajo. Tenía que esperar más de los demás. Con otras organizadoras, interpretábamos los papeles de las conversaciones que más miedo me daban antes de tenerlas; después las reproducía una y otra vez en mi cabeza. Luché por ser diferente: la versión de mí misma que quería ser, alguien que pudiera causar un efecto en la gente y hacer claudicar al menos alguna esquinita del universo.

No es sencillo ser tú misma el campo de una batalla por la hegemonía. No es como en la venerable cita de Whitman, «yo contengo multitudes»; a menudo se trata de una lucha dolorosa por la dominación que se produce entre varias subjetividades propias. Tienes un solo cuerpo y el día tiene veinticuatro horas. Lo que un organizador te pregunta es qué vas a hacer con todo eso, de manera concreta, ahora. Puede que no te guste tu propia respuesta. Tu thatcherista interna va a alzar la voz. No puedes acabar con ella de golpe; casi seguro que vas a ver que es una parte más grande de ti de lo que tú misma pensabas. Pero la organización hurga en los poros de tu conciencia práctica y te pide que optes por la parte de ti misma que quiere algo más que sentido común. Es perturbador. Puede resultar alienante. Y, aun así, a menudo sentía que por fin estaba haciendo encajar partes de mí misma que había intentado mantener separadas: lo que pensaba, lo que decía, lo que hacía. Para organizar a otra gente y para que te organicen debes tener en mente la lección que nos da Hall: la verdadera o la falsa conciencia no existen, no hay una subjetividad real que la organización vaya a descubrir o desmontar. Tú también, nos dice Hall, has sido moldeada por este mundo que tienes la esperanza de cambiar. Cuanta más distancia haya entre el mundo en el que quieres vivir y el mundo que ahora existe, más profundamente sentirás este cisma. La gente que está peleada con el hecho de organizar a las personas a menudo dice: «Yo no estoy hecha para esto». Nadie lo está: nadie nace siendo militante, sino que se convierte en una.

* * *

El carácter sobrio y no demasiado sexy que tiene la militancia a menudo se vuelve a romantizar en las loas que se le hacen al «trabajo real». Quienes defienden la militancia son quienes más probablemente vayan a recalcar que es una cosa aburrida. Para una generación que ha sido tildada de caprichosa y egocéntrica, la mundanidad y la monotonía son sinónimos de autenticidad, como una política de gente gris. La militancia apunta a un compromiso heroico más que a un diletantismo pasajero, un impulso muy noble por hacer algo en la vida real en lugar de estar compartiendo memes por Facebook o dando zascas a tus enemigos por Twitter. Es verdad que organizarse es el día a día de la política; lo que Ella Baker llamaba «tareas preliminares», el trabajo duro que prepara el terreno para la acción dramática. Pero yo nunca he entendido la acusación de que sea algo tedioso. Hacer campaña un día que se está haciendo eterno puede ser algo aburrido, pero del resto de cosas que van con la organización ninguna me ha parecido nunca tediosa. Más bien al contrario: nada me ha parecido más emocionante ni más desgarrador. No hay nada que me haya resultado tan difícil de hacer o que se haya hecho tan difícil dejar de pensar en ello.

En *The Romance of American Communism*, Vivian Gornick cuenta una historia en la que pienso a menudo sobre una mujer joven a la que se le asigna vender el periódico del Partido Comunista, *The Daily Worker*.

¡Madre de Dios! ¡Cómo odiaba estar vendiendo el *Worker*! Solía plantarme delante del cine del barrio los sábados por la noche con náuseas y aterrorizada por dentro, y le tiraba el periódico a la gente que pasaba de largo o que me empujaba o incluso que me escupía en la cara. Le tenía pavor. Durante años estuve teniéndole terror durante toda la semana a los sábados por la noche [...]. Dios, sentía que aquello me aplastaba. Pero lo hacía, lo hacía. Lo hacía porque si no al día siguiente no iba a poder mirar a la cara a mis camaradas. Y todas y todos lo hacíamos por la misma razón: todos respondíamos ante los demás.

A mí nunca me escupieron en la cara, pero en el resto de las cosas me reconozco. Aunque yo nunca le tuve miedo a salir a organizar a la gente, a menudo me despertaba con un nudo en el estómago, pensando en las llamadas que tenía que hacer ese día y la gente a la que se supone que tenía que pillar por los pasillos después de clase. De hecho, era peor: la gente a la que me dirigía no eran extraños que me fuese a encontrar por la calle, sino amigos y compañeros. Era doloroso ver cómo se paraban a coger el teléfono o me apartaban la mirada en el vestíbulo. ¿Por qué demonios seguía yo haciendo eso?

¿Por qué iba a hacerlo quien fuera? ¿Por sus ideas políticas? Al principio puede que sí, yo no quería ser una revolucionaria de salón. Pero las convicciones ideológicas puras raramente sirven para predecir el aguante militante de una persona. Más importante es que el padre estuviera en un sindicato o, más probablemente, que la madre necesitara estarlo; que alguna amiga necesitara a alguien que cuidara de su criatura o que esa persona necesitara terapia. Estas son las cosas que de verdad importaban. Pero llegas a un punto en el que te pasas de frenada. ¿Estaba yo intentando organizar a la gente porque quería que el seguro me cubriese el dentista? Al ritmo que íbamos era poco probable que, de todos modos, yo fuese a disfrutar de ninguna de estas ayudas.

Si buena parte de mi lucha diaria era contra la propia experiencia de la escuela de posgrado, también es verdad que durante mucho tiempo había estado buscando un sitio como el sindicato. Los años anteriores había acabado en la ONG de organización local después de unos meses como voluntaria en un colectivo anarquista en las ruinas de Nueva Orleans después del Katrina, frustrada por los límites que tiene el apoyo mutuo ante el derrumbe total de un Estado, y desde entonces había estado buscando algún tipo de actividad política que fuera al mismo tiempo transformadora y pragmática. Organizar era cosa de dialéctica. El sindicato conectaba nuestras demandas —que eran reales, pero no tenían exactamente una trascendencia histórica— con la larga tradición de luchas laborales, con la tarea actual de reconstrucción del poder de las y los trabajadores y con perspectivas de un futuro radicalmente diferente de cuya realización pudiéramos formar parte.

Así que lo que exigíamos era lo básico, pero en última instancia estábamos organizándonos por el futuro de la vida académica, que estaba desmoronándose de manera evidente a nuestro alrededor; o para revivir el movimiento obrero, que en su mayor parte ya se había venido

abajo; o porque era intolerable vivir en una ciudad tan segregada como lo estaba New Haven y no hacer algo al respecto. Que nuestro sindicato hubiese estado organizándose durante tres décadas era al mismo tiempo una motivación y una carga. Sabíamos de los éxitos y los errores del pasado, de los vínculos y las heridas; habíamos heredado esperanza y melancolía. En este sentido, no era muy diferente del conjunto de la izquierda: mucha historia, mucha lucha; en ocasiones demasiada. Sabíamos que teníamos exenciones en las tasas y salarios y acceso a asistencia sanitaria gracias al sindicato; aun así, el hecho de que todavía nadie hubiese logrado que fuera algo definitivo nos ponía los pies en la tierra. ¿Por qué íbamos a ser nosotros quienes lograsen aquello en lo que muchas otras personas habían fracasado anteriormente? Pero resultaba tranquilizador: como la GESO había existido antes de que llegáramos nosotros, también lo haría después. La campaña por la sindicalización del sector del acero en Estados Unidos había necesitado casi cincuenta años; más recientemente, la de Smithfield Foods había necesitado veinticuatro.

A veces lo que yo sentía era que estaba organizando el futuro del planeta entero, siguiendo un hilo deductivo que iba tal que así: el capitalismo iba a devastar el planeta; para luchar contra ello necesitábamos sindicatos fuertes, lo que exigía nuevas organizaciones, particularmente en sectores de bajas emisiones como la enseñanza, que a su vez requería construir el movimiento laboral académico; esto significaba que yo tenía que lograr que el departamento de ciencias políticas de Yale se metiera en el sindicato. Era una cosa absurda. ¿Se podía ser más quijotesca, más grandilocuente, más vanidosa? Nuestro estilo de organizar era intenso, a menudo absorbente, y yo eso también lo sabía. No siempre me gustaba. A menudo deseaba una vida buena, una vida sencilla, la vida intelectual que se supone que deben tener los académicos. ¿No podía simplemente ir a tal o cual manifestación los fines de semana antes de ir a hacer la compra, como hacía antes?

Pero eso no había funcionado y la brecha entre lo pequeñas que eran todas las cosas que siendo realistas yo podía hacer y la enormidad de todo lo que quería que ocurriera era inmensa. A nivel intelectual yo era profundamente pesimista. El lapso en el que transformar la economía global para prevenir una muerte y una destrucción inenarrables se iba reduciendo cada día, y las fuerzas de la reacción iban creciendo a la misma velocidad. Así que lo que yo *anhelaba* era hacer algo ambicioso y difícilísimo: algo equiparable a la monstruosidad del mundo, con la distancia a la que se encontraba la utopía y la cercanía de la catástrofe. Había muchas cosas que quería cambiar, mucha gente a la que quería movilizar. En la lucha diaria por construir el sindicato y pasar por encima de nuestro jefe y de nuestras probabilidades vi algo que sentía desesperadamente que quería aprender.

* * *

La capacidad para entablar relaciones que requiere organizar a la gente es probablemente lo más difícil de comprender antes de haberlo hecho, pero es lo más importante. No porque la gente esté gobernada por emociones en lugar de por la razón, aunque a veces sea así, sino porque el problema de la acción colectiva es que es racional actuar de manera colectiva allí donde no lo es actuar en solitario. Y la colectividad la vas construyendo pieza a pieza.

Organizar relaciones puede ser una cosa utópica: en el mejor de los casos, ofrece el sueño feminista de intimidad más allá de las relaciones románticas o de la familia. En el sindicato yo quería a gente a la que no conocía demasiado bien. En las reuniones a menudo me veía a mí misma sobrecogida por la fascinación y la ternura que me despertaban la valentía y la sabiduría de la gente que estaba allí conmigo. Llegué a pensar en muchas de esas personas a las que había reclutado como alguno de mis mejores amigos. Cuando necesitaba ayuda, siempre había gente a la que podría llamar, gente que siempre iba a cogerme el teléfono, gente con la que podía hablar de lo que fuera. Estas relaciones muchas veces fueron una fuente de cuidado y apoyo en un mundo en el que estas cosas no abundan. Pero no eran solo amistades, y no eran solo un sostén emocional. La gente a la que acudía en busca de apoyo era también la gente que me pedía un esfuerzo cuando hacía falta, cosa que yo también hacía; yo sabía que el pacto era ese.

Nuestras relaciones forjaban los compromisos prácticos entre unos y otras que mantenían el sindicato unido. Nos hacían responsables frente a los demás. Eran complejas y tenían múltiples aristas, a menudo resultaban frustrantes, profundamente vulnerables y potencialmente transformadoras, pero no menos capaces que cualquier otra relación de caer en descuidos, de herir, de traicionar, y siempre con mucho trabajo a cuestas. Estábamos constantemente construyéndolas y probando sus límites, exigiéndonos más cuando más cerca estábamos del resto. Tenían que soportar un peso enorme. En momentos bajos, me preguntaba a mí misma si serían algo más que relaciones instrumentales. Sin embargo, lo que me preguntaba con más frecuencia era qué es lo que podía resultar tan inquietante de que algo fuera útil que lo hacía parecer una amenaza de contaminación de todo lo demás.

Según Jodi Dean, la palabra *camarada* denomina una relación política, no personal: eres el o la camarada de alguien no porque te caiga bien sino porque estás en el mismo lado de una batalla. Los y las camaradas no son vecinos, ciudadanos o amigos; no son un tipo de familia, aunque puedas llamarlos «hermano» o «hermana». El o la camarada no tiene raza, género o nación. (Hay un meme que dice: «Mi pronombre de género neutro favorito es “camarada”»). Las y los camaradas no son individuos únicos; son «múltiples, reemplazables, fungibles». Puedes ser camarada de millones de personas a las que nunca has conocido y nunca conocerás. Vuestra relación se basa en última instancia en el proyecto político que compartís. Para mucha gente no comunista, admite Dean de manera clara, este instrumentalismo es una cosa «horrible»: una confirmación de que el comunismo implica asimilarse a los Borg. Pero la homogeneidad de la camaradería es en cierto modo una igualdad genuina.

Dedicarse a la militancia organizativa es en cierto sentido como ser camarada de alguien, pero en otro sentido es distinto. La gente junto a la que trabajas pueden ser camaradas, pero la gente a la que organizas no suelen serlo; la clave de organizar a la gente es, a fin de cuentas, ir más allá del grupo de personas que ya están de tu parte y ganarte a todos los que puedas. Así que no puedes dar por hecho que la gente a la que te diriges comparte tus mismos valores; de hecho, por lo general deberías dar por hecho lo contrario. Esto significa que, a diferencia de las y los camaradas, los organizadores no son intercambiables. Es importante quién seas tú. La

teoría que tiene McAlevey acerca del militante organizativo se basa en que a la gente la tienen que organizar personas a las que conozcan y en quienes confíen, no extraños que afirmen tener las ideas correctas. El SNCC iba en busca de «gente potente», no necesariamente los líderes habituales, sino personas respetadas y fiables para sus afines, con la idea de que la gente solo iba a participar en acciones políticas arriesgadas junto a individuos en los que confiase. Cuando las organizadoras son un reflejo de la gente a la que organizan, ganan: cuando son mujeres negras las que organizan a otras mujeres negras, según demuestra un artículo del año 2007 de Kate Bronfenbrenner y Dorian Warren, ganan en el noventa por ciento de las elecciones. Esto funciona en ambos sentidos: cuando eran mujeres y gente racializada las que llevaban a cabo la organización de mi departamento, a menudo se hacía difícil lograr que los hombres blancos nos tomaran en serio.

Aun así, el elemento de camaradería en la organización también puede abrir el espacio a la construcción de relaciones con personas que están más allá de esos límites. No es que la clase y la raza y el género desaparezcan, superados por la causa, sino que la necesidad de trabajar juntas para alcanzar un fin compartido sienta las bases de un espacio común que hace posible relacionarse en la diferencia y hace que sea esencial descubrir cómo hacerlo. Es por eso por lo que los encuentros con la gente son a solas y hablas sobre aquello que a ambos os importa, es por eso por lo que te abres ante alguien a quien solo conoces por ser tu compañero o compartes con un extraño cosas que difícilmente tratarías ni siquiera con tus amigos. Es por eso por lo que lloré con mi organizadora por lo humillante que eran las jerarquías de mi universidad cuando ni siquiera habría admitido ante nadie que era algo con lo que tenía que lidiar. Estos cara a cara son algo contracultural: las conversaciones que tienes en ellos ponen en cuestión las expectativas que tienes por defecto sobre con quién puedes relacionarte, te sacan a la fuerza de las categorías demográficas que ordenan la mayor parte de tu vida y los guiones que te has aprendido para interactuar con la gente de acuerdo con ese orden. Generas confianza con gente en la que no tenías razón para confiar, no solamente afirmando tu compromiso con un proyecto compartido, tu devoción por los Borg, sino llegando a comprender qué es lo que trajo allí a la otra persona.

* * *

En agosto de 2016, la Junta Nacional de Relaciones del Trabajo publicó la decisión que el movimiento obrero académico había está esperando durante toda la etapa presidencial de Obama y declaró que los trabajadores de posgrado podían optar a cobertura laboral. Los estudiantes de posgrado de todo el país llevábamos tiempo diciendo que éramos trabajadores de pleno derecho y se mencionó esta tarea como una de las razones de por qué esto era así. La semana posterior nuestro sindicato se sometió a votación en diez departamentos. De repente se convirtió en una cosa muy real para todo el mundo.

La primera reunión de mi departamento después de que nos presentáramos se pasó de la hora respecto a lo planeado. Casi todo el mundo dentro de ciencias políticas era miembro del sindicato, al menos sobre el papel, pero no todos tenían claro por qué tendrían que votar que sí. ¿De cuánto serían las deudas?, ¿qué iba a poner en nuestros contratos?, ¿el sindicato nos iba

a obligar a ir a la huelga?, ¿lo harían otras secciones de la universidad?, ¿lo haría el sindicato internacional al que estábamos afiliados?, ¿por qué procedimientos de decisión nos íbamos a regir?, ¿con qué procedimientos de decisión estábamos funcionando hasta ahora?, ¿teníamos estatutos?, ¿iba Yale a contraatacar?, ¿por qué enfangarnos en algo que ya iba bastante bien?, ¿y, de todos modos, quién nos había elegido a las y los organizadores? Mucha gente tenía sospechas respecto a la militancia organizativa: decíamos que los estudiantes de posgrado deberían poder elegir si querían un sindicato, pero aquí estábamos, intentando convencerles de que sí que lo querían. No parecía una cosa muy democrática. ¿Por qué no votar directamente? Incluso podíamos hacerlo online, por entonces el software ya era bastante bueno.

Yo creía que el sindicato era un sitio profundamente democrático; después de todo, estábamos buscando una forma de gobernarnos a nosotros mismos en el trabajo y de pedirle a más gente que se involucrara en ello. Pero la democracia era algo más que agrupar nuestras inclinaciones individuales o sumarse a los procedimientos; tenía más que ver con el intento de encontrar una voluntad general. Lo que afirmábamos es que éramos un pueblo, y eso implicaba llegar a vernos a nosotros mismos como parte de un colectivo, no simplemente como una muestra de actores racionales. Un politólogo del departamento dijo que lo que queríamos era que no hubiera dominación; las cosas ahora nos iban bastante bien, pero éramos vulnerables ante la arbitrariedad del poder. Esto cayó sorprendentemente bien entre los empiristas. ¡Por fin!, ¡la discusión académica que tanto había anhelado! En todo caso, sí que era cierto que lo que yo quería era que mi postura convenciera a la gente. Creía que el sindicato funcionaba bien y que era importante, quería que le dieran el visto bueno. Pero no quería solo sus votos, quería que quisieran el sindicato. Sin ellos, no habría sindicato.

Me pasé el otoño haciendo campaña como si me fuera la vida en ello. Yo, que de toda la vida había sido un animal nocturno, empecé a madrugar para ir a reuniones por las mañanas. Me despertaba con una ristra de mensajes sobre los planes que teníamos ese día —en qué punto estaban las cosas con tal demanda, con quién tenía que hablar para que la firmase, con quién tenía que hablar para poder hablar con tal persona, para cuándo se esperaban noticias sobre lo que hubiese avanzado— e intentaba quitarme la ansiedad de encima mientras me duchaba. Por la mañana todo me daba pavor, pero, una vez salía de casa, por lo general me encantaba mi rutina. Era larga y agotadora. Resultaba sorprendente cuantísimo trabajo requería cada cosa, cuantas pequeñas crisis podían estallar a lo largo de un día, cuántos eventos que se venían planeando desde hacía tiempo se basaban en apaños de última hora. Me encontraba con gente a la que yo misma había organizado; me encontraba con quien había hecho que yo me organizase; me encontraba con grupos de organizadores. En mi departamento, en el sindicato, por toda la ciudad. Estaba al teléfono constantemente. Engullía barritas de proteínas entre una reunión y otra y trozos grasientos de pizza del local que hacía las veces de punto de reunión oficioso del sindicato. Las últimas citas terminaban a eso de las ocho; luego iba al gimnasio y corría en la cinta mientras a la vez iba mandando mensajes sobre las últimas informaciones, cagándome en los debates presidenciales de la CNN y exasperándome si veía que alguien estaba despotricando sobre política en Facebook pero a mí no me respondía.

Compartía piso con otros dos estudiantes de posgrado y un grupo de amigos que iba rotando, que se habían ido de New Haven hacía mucho pero que ahora habían vuelto para hacer campaña y que ahora se estaban quedando en nuestra casa durmiendo en un colchón inflable dentro de lo que, básicamente, era un armario grande. Cuando ya de noche volvía a casa me comía unos huevos en una tostada, la única comida que me dignaba a preparar, y me ponía a mandar emails, muchísimos emails.

A veces estaba amargada: ¿cómo había dejado que a mi vida le pasara esto? Había empezado por preguntarle de tanto en cuanto a un par de personas que firmaran alguna petición y aquello había ido progresando gradualmente y empecé a presentarme donde se me requiriera y de algún modo había acabado de responsable de todo mi departamento. A veces me sentía atrapada: si lo dejo, cosa que muchas veces quería hacer, estaría dejando tirados a mis compañeros, a mi departamento, a todo el sindicato, a gente de otros sindicatos de Yale, a nuestros aliados en New Haven, a las limpiadoras de hotel de todo el país cuyas aportaciones estaban pagando nuestra campaña, a todos los estudiantes de posgrado que alguna vez hubiesen militado en el sindicato en los últimos treinta años. En los momentos de mayor enfado culpaba a la gente que me había hecho militar por primera vez. No me habían contado que esto iba a acabar así, que la militancia se iba a apoderar de mi vida entera. Entendía por qué la gente se mostraba reticente antes de empezar a hacer esto. Me daba cuenta perfectamente de cómo podía escalar la cosa. Pero muchas veces también me enfadaba con esa gente. ¿Cómo se creían que ocurrían las cosas? ¿Quién esperaban que hiciera todo el trabajo?

No era justo. De hecho había muchas personas dispuestas a hacer un montón de cosas. Según se iban acercando las elecciones, nuestra gente fue de un mitin a otro, explicaban cada nueva modificación. Se quedaban a escuchar todas las sesiones de la Junta Nacional de Relaciones del Trabajo, en las que las que la facultad afirmaba que no aportábamos nada a la universidad, y quedaban para ir a los despachos de los administradores y entregar peticiones en las que decían que queríamos formar un sindicato. Se sacaban fotos en apoyo al sindicato, llevaban chapas del sindicato al asistir a clase y al dar clase, cumplimentaban quejas y escribían columnas sobre las cosas que querían que constasen en un contrato sindical. Eran gente honesta sobre los recelos que tenían, pero también sobre por qué tenían tantas ganas de ganar.

La noche de las elecciones presidenciales de 2016 no me fui a la cama hasta tarde. Me desperté pocas horas después del discurso triunfal de Trump para ir a una reunión del sindicato, de resaca y agotada pero agradecida por tener algo que hacer. Por lo menos nuestras elecciones eran algo aún por llegar y yo estaba más decidida que nunca a ganarlas. Estuve yendo a reuniones todos los días durante los seis meses siguientes, por lo general a más de una, y me sentía agradecida por cada una de ellas. Mi familia y los amigos que vivían en otras partes mostraban desesperación, depresión, miedo. Pero yo no estaba haciendo ningún duelo, ¡yo estaba militando! Estaba en una nube de euforia justificada. Estaba segura de que, si todas las personas del país que pensaban como yo estuvieran haciendo lo mismo que yo, las cosas serían muy distintas. Demostraríamos que la izquierda podría ganar a pesar de Trump.

Pero si la ola de la historia aún estaba subiendo, cada vez parecía más probable que nos fuese a aplastar y no que nos fuese a llevar a la victoria. Habíamos previsto votar a finales de 2016; también habíamos previsto que Clinton sería presidenta. Trump había sido considerado con los trabajadores, pero las organizaciones laborales aún lo tenían en su punto de mira. Al final nuestras elecciones se convocaron a finales de enero, pocos días después de la toma de posesión de Trump. Votamos pocas semanas después.

En la víspera de las elecciones, me di cuenta de que nunca había deseado algo con tanta fuerza en mi vida y que nunca había querido algo sobre lo que a fin de cuentas tuviera tan poco control. Había hecho campaña todo lo que había podido, pero, en última instancia, la gente tomaría su propia decisión. Después de una vida en busca de logros personales, era una sensación extraña desear algo que solo podría obtener si otra gente también lo deseaba. Y si, por un lado, la organización política fue un ejercicio de aprendizaje de que se puede hacer mucho más de lo que piensas —que puedes hablar con la gente, descubrir que quieren las mismas cosas que tú y luchar juntos—, también fue una lección sobre sus límites. Es tan simple como que no puedes hacer que alguien haga lo que ha decidido no hacer.

En mi departamento ganamos, y lo hicimos con el número de votos exactos que habíamos previsto. Y ganamos en todos los demás departamentos en los que nos habíamos presentado excepto en uno, en la mayoría por goleada. Aquella noche cantamos «Solidarity Forever» mientras nos abrazábamos en el edificio donde habían tenido lugar las elecciones y, más tarde, cuando cerró el bar e íbamos bajando por la calle que llevaba a mi casa, balbuceábamos las estrofas pero el estribillo lo cantábamos a pleno pulmón.

* * *

Aquello no fue el final. Necesitábamos un contrato, lo que significaba que teníamos que lograr que la universidad se sentara a negociar, algo que evidentemente no tenía intención de hacer. Nuestra mejor opción era lograr que la junta certificara el resultado electoral antes de que Trump nombrara a una mayoría republicana; llegados a ese punto, Yale ya no tendría más recursos legales y tendría que saltarse la ley para acabar con nuestro sindicato. Pero mientras, simplemente podían ir dejando que pasara el tiempo durante meses de apelaciones legales. (Por aquel entonces ya nos habíamos convertido en gente experta en las disfuncionalidades del derecho laboral a nivel federal). Teníamos que conseguir que la administración diera su brazo a torcer, pero solo quedaban una pocas semanas de semestre. Los cerca de treinta miembros del organismo ejecutivo interdepartamental del sindicato, elegidos nominalmente por los departamentos, pero que virtualmente ocupábamos el cargo en virtud de nuestra disposición a hacer una cantidad inhumana de trabajo orgánico, decidimos hacer lo que pudiéramos en el tiempo del que disponíamos: afrontaríamos un mes de acción intensiva para hacer que Yale se abochornara y se retractase. En el centro de la campaña se colocaría un grupo de miembros del sindicato que harían huelga de hambre de manera rotativa pero continuada. Esta huelga fue lo verdaderamente escabroso, algo sobre lo que estuvimos debatiendo durante dos días intensos de reuniones; era lo que parecía agudizar la tensión entre lo relativamente cómodo de nuestra posición y nuestro compromiso de plantear una

batalla total con la administración. ¿Acaso no eran las huelgas de hambre la táctica que seguían los presos y otras personas que actuaban en posiciones de debilidad, sin posibilidad de utilizar nada más que su cuerpo? ¿No era esto ir demasiado lejos, incluso para nosotros? Al principio yo me había mostrado escéptica; una huelga no me parecía inapropiada sino vergonzosa, como algo que haría un grupo pequeño de universitarios excesivamente entusiastas. Esto era un sindicato bien organizado con cientos de miembros que acababa de conseguir una victoria electoral; estaba claro que podíamos hacerlo mejor. Pero no me imaginaba organizando una huelga en un mes. El sindicato UNITE HERE había utilizado en el pasado la táctica de las huelgas de hambre, siguiendo las huelgas de César Chávez para la Unión de Campesinos. Llegué a la conclusión de que esa iba a ser nuestra mejor opción y me puse a convencer de ello a otras personas.

De la noche a la mañana el sindicato se convirtió en un grupo insurreccional que prácticamente acabó participando en una guerra de guerrillas. Durante un mes estuvimos todos los días haciendo todo lo posible por subvertir el día a día de la universidad y hacer que fuera imposible que Yale nos ignorase. Montamos conatos de acciones para distraer a los polis de Yale, levantamos una estructura inmensa delante del despacho del presidente en Beinecke Plaza e hicimos una acampada frente al reloj para defenderla, dispuestos a ser arrestados si la desmantelaban. La primera noche, decenas de personas —sindicalistas, empleados de la facultad, estudiantes, amigos, simpatizantes— permanecieron en la estructura hasta por la mañana, leyendo y hablando y corrigiendo exámenes y jugando a juegos, en lo que fue una especie de prefiguración de la utopía académica por cuya conservación yo sentí que hubiese hecho lo que fuera. Yale tomó la sabia decisión de dejarlo estar. Para señalar cómo Yale se cargaba el sindicato, descolgamos unas pancartas en la biblioteca de la facultad de economía en las que ponía trump university e hicimos que un miembro de la facultad escribiese en *The New York Times* sobre nuestra huelga de hambre. Estuvimos con cánticos frente a la casa del presidente, a la que le acababan de hacer una renovación de diecisiete millones de dólares, y los domingos por la mañana frente a las mansiones que tenían en Greenwich los miembros de la junta, mientras sus vecinos iban dando vueltas montando a caballo, literalmente. Creía que íbamos a ganar: mi inteligencia y mi voluntad estaban perfectamente alineadas. Ni me lo pensé dos veces antes de hacer huelga de hambre durante nueve días. En buena medida era más fácil que hacer de organizadora: todo lo que tenía que hacer era no comer. En un email frenético que le envié a una amiga cuando llevaba seis días, dije que era algo «extrañamente calmado». Mi madre se preocupó, pero también se sumó: se enfrentó públicamente a Gina Raimondo, una de las consejeras de la Yale Corporation —y que hasta entonces a mi madre le había caído muy bien por ser la primera mujer gobernadora de Rhode Island— por no apoyar al sindicato mientras su hija se estaba quedando esmirriada.

La universidad fue dejando que amainase el aluvión de prensa negativa y desmontó la estructura después que hubiese acabado el semestre, cuando el campus se encontraba en calma a las tantas de la madrugada y antes del fin de semana dedicado a los exalumnos. Más adelante, ese mismo verano, mis organizadores me pidieron que me tomara una excedencia de la escuela de posgrado y que me dedicara a tiempo completo a organizar los siguientes pasos

de la campaña por el contrato sindical en otoño. En cualquier momento —¡en cualquier momento!— la junta nos iba a dar los últimos certificados. Estaríamos en una posición fuerte para elevar el conflicto de nuevo cuando en otoño la escuela volviese a abrir.

Me daba cuenta de que teníamos que elevar el conflicto; era consciente de que podía ser de ayuda. Lo que pasa es que no quería. En cuanto la euforia del mes de acción había remitido, yo me hundí. Estaba agotada. Mi fuerza de voluntad flaqueaba. No quería estar llamando un día tras otro a gente que estaba cabreada por todo el drama de la huelga para pedirles que charlásemos sobre ello, para hablar de que, aunque todavía no lo habíamos hecho, aún podíamos ganar, pero solo si hacían un par de cosas más. No quería pasarme el día en peleas menores, recibiendo yo la energía negativa de la gente e intentando generar la que hacía falta para luchar aún un poco más. Siempre había un siguiente paso; estaba empezando a darme cuenta de siempre lo iba a haber. Quería mudarme a Nueva York y acabar la disertación y tomarme los fines de semana libres, al menos pasármelos trabajando en mis propios proyectos, como todo el mundo. Dejé el apartamento de New Haven y empecé a planificar la mudanza.

* * *

Pero no me fui. A alguna gente le pareció que me habían lavado el cerebro: había dicho una y otra vez que de ningún modo iba a volver, y ahí estaba. ¿En qué me había convertido el sindicato?

Nadie me estaba obligando a quedarme; nadie podría haberlo hecho. Otros organizadores podían decirme por qué pensaban que debía quedarme, pero si realmente hubiese tomado la resolución de irme, podría haber vivido con ello. Ya una vez había decidido no pedir una excedencia para irme a ejercer de organizadora, pero esta vez la decisión me había corroído por dentro. La euforia de primavera se había ido escorando hacia el otro extremo. Todo lo que veía era miedo y culpa por todas partes. Tenía claro que me iba a arrepentir de cualquiera de las dos decisiones.

¿Por qué me quedé? En resumen, por la misma razón por la que había hecho todo lo demás. Me gustaba quién era yo cuando daba la cara con otra gente, una y otra vez. Era más valiente y amable, más generosa y más segura. Quería vivir en un mundo en el que mi voz se tuviese en cuenta, donde pudiera ver a la gente a mi alrededor como camaradas en lugar de como competidores. El sindicato era algo imperfecto por cosas que yo conocía tan bien como cualquiera, pero era lo más cerca que había estado de un mundo así, y, sencillamente, no podía convencerme a mí misma de que en ese momento, en esos pocos meses, hubiera algo que importase más que intentar que se hiciera realidad.

No ganamos. La junta guardó silencio durante todo el verano. En otoño fueron confirmados aquellos a quienes había nombrado Trump. En el sindicato todo se vino abajo. Habíamos estado durante meses en lo que se suponía que era la recta final. Le habíamos estado pidiendo mucho a la gente durante mucho tiempo, nos habíamos exigido mucho los unos a los otros para cumplir los objetivos de público en los mítines y los objetivos de firmas en las peticiones.

En el impulso por hacer que Yale se sentara a negociar, este grupo de organizadores ultracomprometidos había sobresalido por encima del resto y seguía en marcha; la mayoría habíamos prolongado nuestra vinculación con el departamento todo lo posible, con la expectativa de que, una vez hubiésemos ganado, todo el mundo se fuese a sumar. Habíamos aceptado estas dificultades como precio por lograr la victoria. Pero la victoria siempre parecía estar a la vuelta de la esquina siguiente. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? Según se iban desvaneciendo nuestras promesas, lo mismo fue ocurriendo con la confianza depositada en los líderes del sindicato, que se basaba al menos parcialmente en la idea de que sabíamos lo que estábamos haciendo. Todas las frustraciones, las críticas y los resentimientos reprimidos en nombre de la victoria salieron a la superficie: el sindicato no era democrático, deliraba, instrumentalizaba y manipulaba. Me las deseé para que se mantuviera unido en lo que fueron los peores meses de mi vida y en invierno me mudé a Nueva York, solo un poco más tarde de lo previsto.

* * *

Cuando dejé la militancia organizativa, mi vida volvió a ser normal; al menos, todo lo normal que había sido antes de la escuela de posgrado, cuando leía sobre política y pensaba en política y hablaba sobre política y escribía sobre política pero apenas hacía nada de política. Leí más, dormí más, comí mejor. Veía más la tele. En muchos sentidos mi vida era más agradable. Como a Brecht, a mí me gustaría ser sabia también. Pero no está en tu mano escoger los tiempos en los que vives. Y, en unos sombríos, yo sabía que no estaba haciendo nada de valor.

Estuve esperando a que alguien me invitase a alguna reunión. No lo hizo nadie. Hubo muchos días en que no hablaba con ninguna persona: es sorprendente la cantidad de tiempo que una puede pasar sola. Lloraba menos; me reía menos. Me preocupaba el mercado de trabajo y lo que pensaría de mí gente a la que no conocía. ¿De verdad que este ser ansioso y egocéntrico era alguien más auténtico que la personalidad que yo misma me había intentado labrar? Ojalá no lo fuera.

Seguía pensando todo el tiempo en la militancia. Leía y leía, intentando comprender qué había ocurrido, qué es lo que no había funcionado. Pude ver situaciones distintas, distintos estilos de organización, intereses distintos, pero los mismos conflictos, las mismas tensiones, los mismos derrumbes. *The Romance of American Communism* acaba con una nota trágica: al final Gornick comprende el desconsuelo de las personas comunistas entre las que ella había crecido cuando observa cómo el movimiento feminista al que ella pertenecía se disuelve en medio de las hostilidades. Llega a pensar que lo que revelaba este destino era el «sufrimiento que se halla en el corazón de la radicalidad», la «magnífica amargura» de la autocreación. Pero esta no es la parte de este ensayo en la que llego a la conclusión de que la vida política es algo trágicamente imposible. Es la parte en la que intento descubrir cómo volver a ella.

El manual que publicó el grupo Labor Notes bajo el título *Secretos del éxito de un organizador* termina con un secreto para el organizador que no conoce ese éxito: «Una verdad incómoda sobre la militancia organizativa: vas a fracasar muchísimo. Vas a perder más veces de las que vas a ganar». Si el secreto para ganar no es tan secreto —tienes que militar y militar y militar

de manera que junto a todas las victorias y retrocesos empiecen a acumularse algunas victorias —, entonces quizá la cuestión de cómo ganar sea simplemente una cuestión de cómo seguir haciéndolo, después de ganar y después de perder.

El sindicato siguió adelante. Me da miedo no volver a hacer nada como aquello y también me da miedo volver a hacerlo.

The Abundance Movement's Blind Spot

What if Americans care more about the cost of climate disasters than carbon-free energy?

Por Brian Stone Jr.

[Publicado en NOEMA el 21 de octubre de 2025.](#)

Strolling past the residential buildings at East 112th Street and Madison Avenue in East Harlem, one might fail to see what makes them remarkable. Each is flanked by community gardens and staircases leading to an elevated greenspace, much like entrances to the city's celebrated [High Line](#) linear park — a bit unusual, but familiar. Less familiar is what is happening at roof level: Virtually every square foot of a mezzanine garden and the rooftops of three adjacent buildings was designed to absorb [sunlight](#) and [rainwater](#) to lower residents' utility bills.

The 709-unit community, called [Sendero Verde](#), is an affordable housing development. It is also a clue to a longstanding riddle: *How do we make Americans care about climate change?*

A version of this riddle is being posed by proponents of the emergent “abundance” movement, a drive for political change that is gaining attention in progressive policy circles. But the endorsed solutions fail to anticipate how climate change is altering the economics of everyday life.

As journalist Ezra Klein and others promoting the abundance idea [argue](#), the key question of the moment is, *What do we need more of and how do we get it?* Their response is a long list of national, largely middle- and working-class needs, including an expanded national electrical grid powered by inexpensive, carbon-free energy; greatly extended transit systems; affordable housing; and a renewed construction base that will supply a wealth of good-paying jobs. As for how to get it, abundance proponents call for an aggressive reduction of regulatory red tape to enable the rapid development of the needed infrastructure.

The movement has been rightly [praised](#) for its potential for effective coalition building on the political left. If there is a single lesson to be observed from the present moment, it lies in the galvanizing energy of swift and decisive governmental action, even when its object is a dismantling of national economic, cultural and moral power. But a key response to the *What do we need* element of the abundance equation is overlooked.

We need not just carbon-free energy but a meaningful resilience to climate disruption — both physical and economic. The abundance theorists are largely silent on this point, but it may be the strongest card in their hand.

Climate Economics

It is increasingly evident that Americans do not view climate change as an urgent issue. While [nearly 70%](#) acknowledge that global warming is happening, only [about a third](#) believe it to be a major problem — a proportion that has fallen in recent years. In fact, few Americans rank

climate change among even the 10 most challenging issues confronting the nation. Economic issues, such as inflation and the cost of healthcare, [top that list](#).

Lurking behind rising inflation, however, is a clear climate-related signal. Insurance rates for autos and housing are climbing at unprecedented rates due, in no small part, to a [rising incidence](#) of climate-driven natural disasters. The cost of the average auto insurance policy [increased](#) by an ominous 31% over the past two years and has emerged as one of the [leading drivers](#) of core inflation. Also sensitive to destructive weather events, the average cost of homeowner insurance policies [increased](#) by 24% over the most recent three-year period. Inflation in the cost of food, due in part to climate-driven losses in agriculture production, is projected to reach [up to 3% annually](#) over the next decade.

Another issue high on the list of critical national challenges, according to public opinion, is the national deficit. In 2024, the four most costly items in the U.S. budget — social security, federal health insurance programs, defense spending and interest payments on the national debt — accounted for [more than 100%](#) of our annual tax revenues, leaving the rest of the budget to be financed through deficit spending. Of the remaining, non-discretionary items, disaster relief in 2024, accounting for a budgeted [\\$68 billion](#) and an additional [\\$110 billion](#) in emergency appropriations, exceeded almost every budget category, including total annual spending on transportation, public health and nutritional assistance [programs](#).

Only weeks after Congress [passed](#) the largest disaster-related supplemental funding bill in U.S. history, the Los Angeles wildfires surpassed Hurricane Katrina as the most costly natural disaster to date, requiring an estimated [\\$250 billion](#) for rebuilding. The federal share of this bill is not yet established, but the [rising economic toll](#) of climate-driven disasters promises to be an era-defining political issue.

“We need not just carbon-free energy but a meaningful resilience to climate disruption — both physical and economic.”

The emerging economic threat of climate change suggests a somewhat surprising outcome: The long-delayed realization that what was once considered our grandchildren’s problem is now our own is arriving not in the form of hurricane-force winds, but as a letter of assessment from an insurer. Climate change may not pose an immediate danger to the lives of most Americans, but it is starting to chip away at our economic well-being.

This suggests an additional response to the *What do we need more of* formulation of abundance proponents. We need greater climate resilience in our homes, communities and economic systems. The green energy infrastructure positioned at the center of the abundance movement, no matter how vast, accelerated and carbon-free, will not alone deliver the necessary physical and economic resilience to the climate-driven disruptions we face.

The Sendero Verde Model

To see why, let’s return to the Sendero Verde community in East Harlem. Fast-tracked through a [city program](#) providing funding and technical expertise for the construction of all-

electric housing projects, the community addresses the critical need for more affordable housing in New York. More than 10% of the units are set aside for formerly homeless residents, and all units meet income thresholds for affordability.

Were the apartments to be fully powered by renewable energy generated off-site, this would be a model project for the abundance movement. But power generation is only half of the carbon-free energy equation. More noteworthy than the source of green energy to power the apartments is how little is needed.

Sendero Verde is the world's [largest certified passive house project](#), a style of construction that achieves high energy efficiency. Equipped with triple-glazed windows, advanced air-sealing construction, ventilation systems and highly efficient heat pumps, each apartment uses [50% to 60% less energy](#) for heating and cooling than conventional affordable housing units.

This halving of energy costs both increases long-term affordability for residents and renders them less vulnerable to fluctuating prices over time. Utility costs are further reduced through the collection, storage and use of stormwater on site, limiting the volume of municipal water needed for irrigation and stormwater utility fees.

Sendero Verde's location is an additional source of economic resilience for residents, who live just blocks from a subway stop and can take advantage of Manhattan's vast walkability. Going car-free in a city today allows people to allocate [20% of their monthly income](#) to other expenses. Sendero Verde was also designed to provide greater protection against extreme weather conditions. As a byproduct of high-efficiency insulation, indoor temperatures change very slowly in response to power disruptions in both hot and cold weather.

The threat of displacement due to flooding is low as well, as all units are at least two stories above ground level, along with essential mechanical systems. And there is almost no [ambient noise](#) from the city streets thanks to the sound insulation of passive house construction.

In a climate-changed world, these benefits — a stability of household expenses, reduced risk of displacement from natural disasters and the ability to weather long power outages during heat waves — will soon be viewed as essentials of contemporary life. None of these core elements of climate resilience is provided by carbon-free energy alone.

It is in this simplified formulation — equating the whole of climate change management to the narrower goal of a clean energy grid — that the abundance theorists fail to fully leverage the power of their critique. If it is to accrue a broader base of support, the movement needs a better story than a carbon-free grid; Sendero Verde is a good first draft.

The Politics Of Resilience

Climate change progressives have underestimated the power of resilience as a compelling political narrative for decades. As a graduate student in the 1990s, I was surprised to discover just how much warming in cities was attributable to the urban [heat island effect](#) (the concentration of buildings and heat-absorbing materials) as opposed to the [global greenhouse effect](#). Both forces, to be sure, have an accelerating influence on urban temperatures, but only

one can be moderated through local action alone. Why not address the warming challenge on both fronts by working to minimize the intensity of urban heat *and* reduce planet-warming emissions?

“Climate change may not pose an immediate danger to the lives of most Americans, but it is starting to chip away at our economic well-being.”

To present such a proposal at an academic conference back then was often viewed as aligning with the propaganda machinery of the “American oil cartel.” The logic there, I came to understand, was that any alternative strategy for reducing the threat of extreme temperatures in cities was a distraction from the core aim of carbon emissions reduction.

This thinking relied on a wager that has yielded few dividends in the intervening years. The potential to avert dangerous levels of heat, flooding, drought and wildfire through aggressive (or even moderate) emissions reductions has not been realized.

We have now passed the [absolute global warming threshold](#) set by the [Paris Climate Agreement](#) for the avoidance of highly destabilizing climate impacts, and the consequences are upon us. In response, abundance theorists emphasize the need for a clean energy transition — which, even in the most optimistic scenarios, will yield almost no protection from extreme weather for many decades.

Without equally advocating for climate resilience, they fail to grasp the reality of what Americans need more of right now. It is true that reducing emissions is the only route to solving the climate crisis, but these reductions are best delivered as the quiet army inside a Trojan Horse of climate and economic resilience.

Consider, for example, the titling and composition of the largest climate-related bill ever enacted by Congress, the [Inflation Reduction Act of 2022](#). The emissions reductions it sought were delivered not in the form of clean energy mandates, but as incentives for better performing vehicles, lower operating cost HVAC systems and green manufacturing jobs. The Biden Administration’s decision to emphasize the consumption side of the carbon-free economy was based, in part, on the spectacular failure of emissions-related bills dating back to the Clinton Administration, such as the Kyoto Protocol of 1997, the Climate Stewardship Act of 2003 and the American Clean Energy and Security Act of 2009.

Few Americans may care to understand the inner workings of the global greenhouse effect or the technological processes through which electricity is generated and delivered to their homes. But they do care about affordable housing, jobs and, increasingly, avoiding displacement and bankruptcy from extreme weather events.

Reimagining Urbanization

My concern with the abundance movement’s call for a dramatic acceleration in the pace and scope of infrastructure development is not with the scale of its ambition, but with the modesty of its aims. To rapidly construct millions of new affordable housing units without ensuring that they lower the demand for energy through their construction, moderate the risk of

flooding through their design and enhance the quality of life within their communities is to set one's sights too low.

Yes, we urgently need more affordable housing, high speed rail and cheap renewable energy. We also need accelerated investments in these areas to respond to the inexorable reality of a rapidly changing climate: housing that is more resilient to weather extremes, layered and redundant networks for transportation and building-integrated power generation that can operate during periods of grid disruption.

We must do more than expedite our permitting processes; we must reimagine urbanization. It is in this reimagining that we find a compelling story for climate politics.

For the techno-optimists [like Klein](#) and other abundance advocates, emerging technologies for generating abundant, carbon-free energy (such as nuclear fusion) and scrubbing the atmosphere of carbon dioxide are an exciting and future-oriented platform for managing climate change and amassing political power.

An ostensible benefit of these innovations, as with most technology, is that they require no fundamental changes to how we design and experience our communities. Fusion reactors can be sited outside of cities, avoiding the need to transform our homes into small-scale power plants; machines for sequestering carbon dioxide negate the need to change how we commute to work, structure our food systems or incorporate nature into our neighborhoods.

But avoiding change can also mean continuing harmful patterns. Cheap, abundant energy enables us to drive our cars without worrying about how our auto dependency [impacts our well-being](#) and [amplifies climate risk](#). The same argument can be made for technological change in the form of hyper-connectivity, reduced social engagement and remote learning.

Perhaps more than any other environmental challenge, climate impacts are only moderately responsive to technological fixes. A [recent study](#) of heat stress in large cities assessed the capacity of an array of strategies — both technological and design-based — to cool down urban neighborhoods during hot weather. Not only were nature-based solutions, such as an expansion of street trees, found to be more effective than shading buildings with solar panels or repaving streets with reflective materials, green design outperformed technology in the hottest settings by a factor of four.

“We must do more than expedite our permitting processes; we must reimagine urbanization. It is in this reimagining that we find a compelling story for climate politics.”

The same is generally true for flooding, drought and wildfires: Designing our communities to absorb and retain more rainwater and to [limit expansion](#) into high-risk areas is more effective in managing the impacts of extreme climate events than any technology presently available or in development.

An additional downside of the techno-optimist worldview is that it tends to concentrate power in private hands. The project of retrofitting our cities for climate resilience will be long lasting, uneven in deployment and costly (albeit less so than the constant rebuilding it

positions us to avoid). It is also a project fully within the purview of local governments and community institutions.

Outsourcing climate change management to corporate energy companies, auto manufacturers and, soon enough, AI companies risks allowing these entities to impede progress when it suits other market or political objectives (see: [Elon Musk](#)).

The long-term project of a physical redesign of our cities for climate resilience properly positions political control within the communities confronting intensifying risk. Abundance proponents should acknowledge a truism well known to community planners: Technology centralizes power; human-scaled design disperses it.

Herein lies an expanded narrative for the abundance movement. The most effective means of responding to climate change also enhances our physical and economic resilience: affordable housing that generates its own power and requires less energy use, communities redesigned to support a diversity of inexpensive transportation options, public greenspaces that double as critical infrastructure for heat regulation and flood management, the opportunity to grow your own food. The early returns from communities designed to deliver these amenities show them to be [popular](#), with a growing number of U.S. cities adopting policies to integrate their affordable housing and climate resilience investments.

Catalyzing this movement through an acceleration of public investment and regulatory approval is no less imperative than an infrastructure agenda focused on renewable power transmission and conventional approaches to affordable housing. A *resilient* abundance differs only in delivering more of what [Americans say they want](#).

The abundance theorists are correct to call for a renewed national approach to undertake big projects, but there is an austerity to their ambitions. Our crossing of the planetary threshold for tolerable warming has fundamentally changed the political moment: Moving forward, there is no economic resilience to be had for most Americans absent a climate resilience. This is a story still waiting to be told.

How climate activists finally seized the issue of adaptation in 2023

Por Joost de Moor.

[Publicado en The Conversation el 31 de enero de 2024.](#)

The idea of adjusting our lives to face up to the reality of a changing climate was, for a long time, seen as defeatist, or even a capitulation to fossil-fuel interests, by many within the European climate movement. Such “adaptation” was viewed with deep scepticism.

But 2023 challenged such assumptions. In autumn, activists [ramped up protests against ski resorts and the winter-sports industry](#) for their seemingly endless appetite for winter sports infrastructure. Environmentalists [occupied the Girose Glacier](#) in southeastern France to denounce plans for a new cable car. Deep scepticism was also expressed over whether holding [preseason sporting events following the partial destruction of the Théodule Glacier](#) in Switzerland.

By taking a stand, these ecologists were pressing authorities to rethink planning beyond the skiing model and its dependency on “white gold”. Far from constituting adaptation, they argued that the construction of winter sports infrastructure in the remaining snow-capped mountains threatened fragile ecosystems and only postponed the inevitable shift to alternative economic models. For them and others, it constitutes “[maladaptation](#)” – actions exacerbating communities’ vulnerability to climate variability.

Even more spectacular were [protests against proposed water reservoirs in Sainte-Soline](#), western France, in March. Up to 30,000 protesters showed their opposition to the project, arguing that the dams, intended to collect fresh water during wet seasons to provide for increasingly drier periods, were inefficient due to water evaporation, and ultimately prioritised the interests of large agribusiness over locals’ rights.

The question of adaptation was therefore thrust into the spotlight like rarely before. Such protests demonstrate how deeply political climate adaptation is. What one group may perceive as positive adaptation may look like [maladaptation to another](#), and a political struggle determines which view prevails. The environmental philosopher Andreas Malm described Sainte-Soline as an “[avant-gardist struggle](#)”.

From idea to real life?

For many years, [academics have sought to shed light](#) on competing interests that are often hidden in technocratic processes inherent to adaptation. For example, dikes intended to guard against flooding may appear as a reasonable solution to some, but others could consider them a maladaptation due to their [tendency to increase flooding downstream](#). To overcome such tensions, academics have attempted to imagine a model that would not merely serve the interests of the wealthy and powerful or the economic status quo. This has become known as

transformational adaptation.

In 2021, the Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) defined transformational adaptation as:

“actions aiming at adapting to climate change resulting in significant changes in structure or function that go beyond adjusting existing practices”

“deep and long-term societal changes that influence sustainable development (include values, worldviews)”

Transformational adaptation thus requires that vulnerable communities be able to take part in designing adaptation policies, and that systemic drivers of vulnerability like poverty or discrimination be addressed. Yet while some have found partial examples of how this might happen, such as in the city of [Barcelona](#), discussions of transformational adaptation [have remained largely conceptual](#).

Swedish activists overlooked adaptation

Andreas Malm’s description of Sainte-Soline as an “avant-gardist struggle” makes particular sense when we compare it to other European climate initiatives in recent years. Focusing on climate movements’ activities between 2018 and 2020, my research shows that European climate movements have seldomly taken up this role, raising the question of why this might be the case and what it might take for them to do so.

In a [study](#) of climate adaptation in the Swedish city of Malmö, Salvatore De Rosa (Lund University), Marwa Dabaieh (University of Malmö) and I found that vulnerable communities were regularly exposed to issues of flooding and urban heat and lacked the resources to adapt. At the same time, they lacked the political capital to confront city authorities, leaving them to resort to ad hoc methods such as sleeping in one’s garden or spending the day in air-conditioned malls. Meanwhile, city officials believed there was little need or demand to open adaptation planning to citizen input. Given this mismatch, we explored what role local climate movements, who enjoyed considerable political clout at the time of our study (2018-2019), could play to put the issues faced by vulnerable communities on the agenda.

We found that while local climate activists were worried about adaptation, they mainly prepared for climate disruptions by taking action at an individual level – such as taking part in local food-growing initiatives or storing drinking water in one’s basement. They did not expand this concern to include members of the most vulnerable local communities. We found this to be the case for a number of reasons, including a lack of ties between the climate movement and vulnerable communities, a global understanding of climate justice that overlooked local issues, and a hesitation to engage with climate adaptation because doing so was considered to be a defeatist excuse for inaction.

In another [2022 study](#), I compared the attitudes and actions on climate adaptation of activists in Malmö to those in four other European cities (Hamburg, Antwerp, Bristol and Manchester), finding similar patterns overall. The persistent lack of engagement with

adaptation was particularly striking because most activists to whom I spoke indicated they thought it was already too late to avoid severe climate disruptions and runaway climate change.

While some recent studies link such beliefs to a shift in focus from trying to mitigate climate change to adapting to it, I found that most activists remained focused on mitigation. For instance, they remained focused on demanding governments cut emissions in their protests, or developed green energy initiatives locally. I found their actions were not primarily guided by a logic of consequences (acting on the basis of expected utility) but by a logic of appropriateness (doing what is considered to be “right”, including not giving up on mitigation), of habit (campaigning toward the usual ends), and of affect (avoiding negative feelings by focusing on productive actions).

Short-term carbon cuts

In a [2023 paper](#) co-authored with political scientist Jens Marquardt, we found that activists campaigning for a local energy transition in the UK managed their fears that it might already be too late for mitigation by acting in the here and now, rather than situating actions in a long-term climate change and decarbonisation trajectory.

While this “presentism” proved an effective way to not become paralysed by climate anxiety, we also observed that it created certain tensions and blind spots. In particular, activists told us they sometimes worried they were not being honest with themselves, and that they should perhaps focus more on action that anticipates and adapts to climate disruptions they no longer considered preventable. However, the question of what that adaptation strategy might look like generated such fear and uncertainty that they preferred to pursue mitigation actions they did not always consider realistic, even if that sometimes made them feel dishonest.

That being said, this didn’t make activists any less rational to our eyes. Given what is at stake and knowing that adapting to runaway climate change is impossible, mitigation [undoubtedly makes sense](#). Our research recognises that focusing on the here and now can keep climate activists going under the direst of conditions. Nevertheless, it also revealed why climate activists hardly ever played a role in politicising this topic – especially at a local level.

The future of adaptation

Will the events of 2023 in France and Switzerland be regarded as exceptions, or do they usher in a broader trend toward transformative adaptation?

The ball is in the court of climate activists. Should they follow the lead of Sainte-Soline, senior figures in climate movements can at least rest assured that shifting the focus to adaptation will resonate with their rank and file. In another [study](#) I found that at least half of a representative sample of 2,152 participants from [the 2019 Global Climate Strikes](#) attributed equal importance to adaptation and mitigation. Venturing into adaptation politics may therefore speak directly to the concerns of many activists fighting climate breakdown.

Enlaces adicionales:

-Escenario CLEVER sobre reducción de emisiones y suficiencia energética.

<https://clever-energy-scenario.eu/>

-Informe Greenpeace sobre reducción de emisiones y suficiencia energética.

<https://es.greenpeace.org/es/noticias/hoja-de-ruta-para-una-peninsula-iberica-renovable/>

-Campaña SAFER.

<https://www.climatemajorityproject.com/campaign/safer> y

https://drive.google.com/file/d/1fs2GsTgBrWZj4ap6el7SLN0g_iYpZfSW/view

